

INSCRIPCIONES PSÍQUICAS PRIMORDIALES ESCRITURAS Y REESCRITURAS

Beatriz Janin*

En principio, quiero referirme a lo que entiendo por inscripciones psíquicas primordiales.

Lo primordial puede remitir a lo primero, pero también a lo originario, o a las fantasías primordiales... y a las primeras identificaciones.

Pienso que la pubertad es un momento reorganizador y en ese sentido que se toma el mazo y se barajan de nuevo las cartas que había y esto puede llevar a que haya ciertas sorpresas en la adolescencia.

Es decir, la hipótesis que sostengo sobre este tema es que en la constitución psíquica no hay continuidad lineal ni creación absoluta, sino que se van abriendo caminos y que la adolescencia posibilita nuevas vías, nuevos recorridos, nuevas imágenes de sí y de los otros, pero esto a su vez se construye sobre lo ya inscripto.

Es más, me parece claro que en la teoría freudiana la causalidad es compleja y dialéctica: lo anterior determina lo posterior pero a la vez es reorganizado por éste. No hay pura determinación lineal de atrás para adelante ni sólo de adelante para atrás. Hay momentos claves en la organización representacional, pero en todo momento se van dando variaciones y apertura de nuevos caminos, así como la historia a la vez está marcada por un cierto grado de repetición.

Me voy a referir, en principio, a las inscripciones primordiales.

Hay marcas tempranas de las que habla Freud cuando define los signos perceptivos y las representaciones-cosas.

En la "Carta 52" Freud describe tres tipos de inscripciones. Habla de los signos perceptivos, como un primer modo de inscripción. Son restos de sensaciones

* Lic. en Psicología. Directora de las Especializaciones en Psicoanálisis con Niños y con Adolescentes de UCES y APBA.

que se combinan por simultaneidad (un olor con un sabor, por ejemplo). Si bien no retoma este término más adelante, considero que es interesante tenerlo en cuenta como un tipo de marca psíquica fragmentaria, en las que un olor o una sensación táctil quedan ligados entre sí y articulados al placer o al displacer.

Otro tipo de inscripciones son las representaciones-cosa. Freud dice: *“El sistema Inconciente contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema Preconciente nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden.”* (Freud, 1915, pág. 198).

Y en *Duelo y Melancolía* recuerda que la representación-cosa inconciente del objeto *“se apoya en incontables representaciones singulares (sus huellas inconcientes)”*. (Freud, 1917, pág. 253).

Un tercer tipo de inscripción son las representaciones-palabra: son representación-cosa más resto de palabra oída. *“Los restos de palabra provienen, en lo esencial, de percepciones acústicas, a través de los cual es dado un particular origen sensorial, por así decir, para el sistema Preconciente”*. (Freud, 1923, págs. 22/23).

“Ahora bien, la palabra cobra su significado por su enlace con la “representación-objeto”, al menos si consideramos solamente los sustantivos. A su vez, la representación-objeto es un complejo asociativo de las más diversas representaciones visuales, acústicas, táctiles, kinestésicas y otras”. (Freud, 1915, pág. 211). Freud sostiene a lo largo de su obra que la prevalencia de estas representaciones es visual. Pero es muy interesante la idea de complejo asociativo, porque me parece importante pensar en la cantidad de entramados que se van desarrollando.

En los tres casos, lo que se inscriben son marcas de vivencias.

Si tomamos la definición de inscripción del diccionario de la Real Academia: *“Escrito grabado en piedra, metal u otra materia duradera, para conservar la memoria de una persona, de una cosa o de un suceso importante”*, podemos plantear que, de acuerdo a la Carta 52, los signos perceptivos y las representaciones-cosas son escrituras duraderas que se re-inscriben/transcriben en otros tipos de representaciones. Transcripción que no es mera copia sino traducción. La traducción implica pasaje a otro idioma y por ende, transformación. Ya no es el mismo texto sino otro.

Freud deja también abierta la posibilidad de que haya otros tipos de inscripciones y transcripciones, terreno que viene siendo explorado por diferentes autores, pero en el que es necesario seguir investigando.

Hoy tenemos claro que hay marcas que son agujeros en la trama, tal como sugiere Freud en el *Proyecto* en relación a las vivencias de dolor cuando afirma que dejan un recorrido de facilitaciones al estilo de un terreno traspasado por un rayo.(Freud, 1895/1950, pág. 351).

Entonces, las vivencias dejan marcas desde los primeros momentos, pero esas marcas serán diferentes, tanto en cuanto a sus características como en los modos en los que se ligan entre sí. Y estas huellas de lo vivenciado son posibles porque el niño está en un mundo vincular.

A la vez, la sexualidad se constituye en el vínculo con otro que posibilita la apertura de nuevos caminos representacionales.

El otro es fundamental como erotizador, dador de significación y posibilitador de unificación narcisista.

Siguiendo los desarrollos de Piera Aulagnier podemos decir que los pictogramas de fusión y de rechazo son dos modos muy primarios de representar las sensaciones, los afectos, a sí mismo y al otro, líneas directrices, esbozos que podrán organizarse de diferentes modos. Así, el pictograma de fusión es una representación en la que entre psique y mundo hay atracción mutua y placer, mientras que en el pictograma de rechazo cuerpo y mundo se revelan como causa de sufrimiento, lo que deriva en odio y deseos de aniquilamiento del cuerpo y del mundo. (P. Aulagnier, 1975).

Son diferentes tipos de inscripciones:

- Inscripciones sensoriales, ligadas al placer o al displacer, significadas o no, traducibles o no.
- Y también otro tipo de inscripciones, aquellas que remiten a un vacío, a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas.

Suponen traducciones sucesivas. Justamente, si no hay traducción lo inscripto permanece con mayor vigencia.

Por el contrario, la traducción permite que el texto original se mantenga, pero que la fuerza de su determinación disminuya.

Esta posibilidad de traducción, que se da *a posteriori*, depende de otro. Un niño solo quedaría sujeto a sensaciones que no podrían cobrar sentido o que quedarían en eso: sensaciones y urgencias.

Pero sabemos que frente a la necesidad es el semejante el que opera posibilitando vivencias placenteras y también el que frente al dolor puede dar lugar a vivencias calmantes. Y, para esto, el adulto tiene que estar en conexión con el niño, pero operando con un funcionamiento complejo de significaciones.

Así, el niño debe tener cerca un adulto que opere con otro funcionamiento, que pueda transmitir el proceso primario y secundario. Es decir, un adulto que fantasee y piense.

Esta capacidad del adulto de significar, de traducir lo que el niño vivencia, es fundamental.

Entonces, las vivencias dejan marcas, se inscriben. Son sabores, olores, sensaciones cenestésicas que van armando redes representacionales. Pero para que tomen ese cariz de pasibles de ser traducidas se necesitará que haya otro que no sólo calme la necesidad y brinde placer, sino que además signifique lo vivenciado.

Durante la niñez, estas primeras marcas de un *infans* que se va abriendo a un mundo más amplio, van marcando derroteros...

Así, las resignificaciones sucesivas y las vueltas que se van produciendo van diseñando espacios de repetición pero también espacios novedosos, de rearmado psíquico.

Las representaciones permiten:

- protegerse de los estímulos, en tanto mediadoras entre la realidad y el sujeto;
- soportar las pérdidas, en tanto posibilitan la recuperación de lo perdido a través del pensamiento;
- sostener cierta continuidad en la representación de sí mismo.

Es decir, representar es un acto fundamental para la constitución subjetiva.

Olores, sabores, diferentes sensaciones deben ser significados por otro que a su vez posibilita vivencias de placer y ayuda a tramitar las vivencias de dolor.

Erotismo y dolor van dejando marcas que se entranan y constituyen caminos complejos.

La constitución narcisista del yo puede también ser incluida entre las primeras "marcas", primeras inscripciones que tendrán un cierto devenir a lo largo de la vida.

Tanto la identificación primaria como identificaciones posteriores dejan huellas.

Con el naufragio del Complejo de Edipo, la represión primaria culmina, el superyó se instauro, el yo se constituye como yo de realidad definitivo. Pero la latencia no es homogénea.

Si todo fue bien, sexualidad y narcisismo pueden ir en una cierta conjunción y se establecerán vínculos exogámicos.

Durante la latencia el niño puede diferir algunos conflictos, en tanto se sienta apoyado y sostenido por un mundo de adultos.

Cuando las primeras marcas insisten sin que se haya estabilizado la represión primaria y las pulsiones insisten en un momento en que los conflictos son impostergables, puede haber irrupciones desmedidas que desequilibran lo que se había logrado. Esto marca diferencias cruciales que pueden llevar al desborde adolescente.

Pero los avatares de la vida, los modos en que se van inscribiendo y ligando nuevas vivencias, pueden abrir nuevas posibilidades.

Esas primeras inscripciones, ya reorganizadas en sucesivas re-escrituras durante la niñez, van a sufrir una re-escritura, casi una nueva escritura, un cambio de idioma, durante la adolescencia.

Philippe Jeammet afirma que el adolescente puede ser visto como aquel que se interroga sobre la cualidad de lo que ha interiorizado en la primera

infancia y plantea que lo que concierne a la sexualidad va a ser un factor esencial en esa interrogación (Jeammet, P., 1999).

El narcisismo también se pone en juego y la pregunta sobre el ser insiste. Sexualidad y narcisismo se van a contraponer y a cuestionar mutuamente.

Entonces, tenemos que preguntarnos sobre los destinos de esas primeras marcas cuando las exigencias pulsionales y del contexto se incrementan.

Si retomamos los desarrollos de Piera Aulagnier y los dos pictogramas primordiales, podemos afirmar que las inscripciones originarias, como el predominio del pictograma de rechazo, con el consiguiente rechazo a sí mismo, o el predominio del pictograma de fusión, no se expresan directamente pero son el fondo sobre el cual se despliegan los avatares de las pasiones adolescentes.

La prevalencia del pictograma de rechazo puede llevar a un “no querer desear”, a un rechazo a todo deseo, en tanto quiebra el único deseo posible: que nada cambie, que todo se mantenga idéntico a sí mismo. Pero si el deseo mismo es peligroso, ¿cómo atravesar un momento en el que la búsqueda de nuevas posibilidades es absolutamente necesaria para no quedar encerrado en los vínculos incestuosos?

Quizás la única posibilidad en esos casos sea encerrarse en el vacío del no-desear, que puede llevar luego, en los intentos de salida de esa nada -que también se torna intolerable- a situaciones de riesgo.

Es decir, cuando las pulsiones irrumpen el adolescente puede ir encontrando nuevos objetos de amor y nuevas identificaciones, pero también puede intentar arrancar de sí todo deseo y toda identificación por su ligazón con escenas pasadas.

Así, en la adolescencia, las marcas no traducidas, las sensaciones y desarrollos de afecto tempranos insistirán tomando nuevas formas.

Lo que no fue puesto en palabras porque tampoco las tuvo para el adulto, aquella irrupción de la sexualidad adulta que el niño registró pero que no pudo tramitar ni traducir, las marcas de las pasiones de los otros, indicios de sus deseos sexuales y hostiles, que lo dejaron en un estado a veces deseante, a veces de excitación ni siquiera pasible de ser traducida en fantasías, deja marcas.

Una paciente de diez y siete años consulta porque no puede gozar en las relaciones sexuales. No siente nada. Teme ser frígida toda la vida. A la vez, tiene episodios en los que se niega a comer. A lo largo del análisis van apareciendo escenas de seducción por parte del padre cuando ella era muy pequeña. Situaciones en las que dormían juntos y él le acariciaba la cola ¿Realidad o fantasía? ¿Recuerdo encubridor? Cuando relata la escena, rememora las sensaciones en su piel, la excitación que le provocaban. Ella era la preferida del padre. Pero también para la madre esta niña era una rival insoportable, que la separaba de su marido, reproche que le sigue haciendo, remitiéndola a las escenas en las que la paciente pedía que el padre durmiera con ella. “Ser la preferida”, tener un lugar para el otro como la mujer elegida, en esa relación cuerpo a cuerpo con el padre, la deja sin poder desprenderse de esa escena, separarse y construir otros caminos de deseo y de placer. Todo placer en el vínculo erótico con un hombre queda signado como incestuoso y, por consiguiente, está prohibido. Prohibición que toma una nueva forma en la adolescencia, tornándose displacentero aquello que en la infancia podía ser placentero.

Si las caricias paternas quedaron inscriptas como excitantes, al cobrar otra dimensión las sensaciones corporales, al reestructurarse la imagen del propio cuerpo, ¿cómo sentir sin remitirse a esas caricias prohibidas y ahora peligrosísimas? Así, las marcas no traducidas, las sensaciones y desarrollos de afecto tempranos insistirán tomando nuevas formas. Podemos pensar que las primeras sensaciones, las primeras inscripciones, de las caricias maternas-paternas, quedaron resignificadas por los actos seductores del padre, y a la vez la adolescencia reorganizó esas marcas, que insisten ahora con un nuevo sentido.

Pero también hablamos de las identificaciones que fueron constitutivas.

La representación de sí se constituye a partir de la mirada de otro y la unificación de las zonas erógenas. Se “es” otro ¿Cómo articular esas miradas que nos permitieron ser alguien cuando tenemos que separarnos internamente de aquellos que nos sostuvieron?

Todo adolescente odia a aquellos de los que depende, pero cuando ese odio está potenciado por las huellas tempranas del rechazo de los otros, puede ser difícil encontrar nuevas pieles para seguir siendo en momentos de transformación. Se puede intentar expulsar de sí toda marca, y de ese modo se rechazan los propios aspectos.

A veces, los adolescentes sienten que se confunden, que pierden la idea de sí, que se desarmen si no se mantienen alejados de todo contacto erótico.

La irrupción de los deseos los deja a merced de otro y tienen terror a esa dependencia, que se confunde con un estado fusional. “Quiero mantener mi intimidad; no quiero que me invadan”, decía una adolescente de diez y ocho años, asustada cada vez que un muchacho se le acercaba. Me pregunto: ¿de qué invasiones de otros habla? ¿De qué otros? ¿Qué intimidad quiere cuidar? ¿Tiene que preservarse de cualquier contacto heterosexual porque puede poner en riesgo la unidad que alcanzó dificultosamente?

Esta defensa a ultranza de lo propio en tanto la confusión con el otro es un riesgo que acecha y ya no sólo en los vínculos claramente eróticos, lleva a veces a los adolescentes a pedir un encuadre peculiar y a ir y venir en el análisis, en tanto pueden vivir como excesivo toda situación de compromiso.

Dice Philippe Jeammet que la seguridad interna, el placer de ser y de hacer constituyen una protección esencial contra un exceso de sexualización de los lazos. (Jeammet, P., 1999, pág. 178).

Sexualización de los lazos que es riesgosa, en tanto los deja desamparados frente al retorno de lo incestuoso reprimido. Todo adolescente tiene que lidiar con este retorno y con los inevitables quiebres narcisistas que se producen en esa etapa de la vida. Cuando hay fallas narcisistas importantes, es posible que se sientan excesivamente dependientes de los otros para asegurar el equilibrio. Esto suele llevar a una sobre-sexualización de la relación con los otros, que en plena reedición de la sexualidad infantil puede complicar los vínculos. Muchas veces, la dependencia de los otros se transforma en rechazo absoluto, en odio por no poder mantener la autonomía.

Estar seguro de sí es una cuestión difícil para un adolescente y es una representación que se construye durante la infancia, que casi inevitablemente entra en crisis con la entrada a la adolescencia y que deberá tener ciertos apoyos del medio para poder desplegarse.

El placer de ser también nos remite a las primeras marcas, pero el placer de hacer, posibilitado por la historia de ese adolescente, habla a la vez de la importancia que tienen en ese momento de la vida, los logros reconocidos, ya no sólo por la familia, sino por el entorno social.

Pero en muchos adolescentes la actualización de los deseos incestuosos se hace intolerable porque fallan tanto los modelos como las prohibiciones internas y un yo armado en un “como si” se resquebraja. Así, entran en pánico frente a los objetos nuevos, no pueden abandonar a la madre (se odian y la odian por no poder hacerlo) y realizan un movimiento expulsor de sus

deseos. Como si para enfrentar los deseos incestuosos debieran arrasar con todo deseo, sentimiento, pensamiento. Lo que predomina es la expulsión de la representación del objeto pero también del deseo mismo, lo que los lleva a sensaciones de vacío, de inexistencia.

Como sienten que el fragor de Eros resulta intolerable, se les impone la idea de que el objeto es el causante del "exceso". Esto los lleva a sentirse atacados por el objeto deseado y a reaccionar con estallidos de violencia.

El empuje pulsional se vuelve entonces atacante externo, queda como algo que irrumpe desde un afuera y no puede ser metabolizado. En la pubertad normal, produce enriquecimiento psíquico, con incremento de vida fantasmática. Pero en algunos adolescentes provoca un ataque a los ci-mientos mismos de la pulsión, lo que se manifiesta a través de diferentes formas: adicciones, anorexia, actuaciones violentas, cortes en el cuerpo, entre otras.

Es aquí claro cómo vuelve lo sensorial, el sentir, como privilegiado y cómo las inscripciones previas pueden facilitar o no determinados avatares.

Es frecuente que la hipererotización materna, la dificultad para transformar erotismo en ternura y en pasar de un vínculo a predominio corporal a un vínculo con predominio verbal (ir del cuerpo a la palabra) impida la meta-bolización de las propias pulsiones.

Al reactualizarse los deseos incestuosos, al cobrar otra dimensión las sensaciones y reorganizarse el mundo fantasmático, lo no tramitado puede re-aparecer en una repetición abrumadora, a través de actuaciones que buscan escenificar lo que no pudo ser elaborado.

Y también está la posibilidad de que eso no traducido sea retomado y se le otorgue un nuevo sentido y que vivencias de la adolescencia den forma, fantasmaticen, algunas marcas de la infancia, historizándolas, abriendo nuevas posibilidades. Es decir, suele haber movimientos transformadores...

La adolescencia es entonces un momento de re-escrituras y a la vez un momento clave en la escritura de la propia historia.

Recibido: 19/05/2012

Aprobado: 30/06/2012

Bibliografía

Aulagnier, Piera: (1975) *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

Freud, Sigmund: (1985/1950) *Proyecto de una psicología para neurólogos. Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

(1892-99/1950) "Fragmentos de la correspondencia con Fliess - Carta 52" Ob. Cit. Tomo I. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

(1915) *Lo inconciente*. Ob. Cit. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

(1917/1915) *Duelo y melancolía*. Ob. Cit. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

(1923) *El yo y el ello*. Ob. Cit. Tomo XIX. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

Janin, Beatriz: (2011) *El sufrimiento psíquico en los niños*. Buenos Aires, Noveduc.

Jeammet, Philippe: (1999) "La sexualité infantile revisitée a l'adolescence", (pág. 173-187) en *Au debut de la vie psychique* (compiladores: Julien Cohen-Solal y Bernard Golse). París, Francia, Odile Jacob.

Jeammet, Philippe: (2002) "La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad", en *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente* N° 33/34. Bilbao, España.

Kristeva, Julia: (1993) *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid, Cátedra, 1995.

Mannoni, O., y otros: (1984) *La crisis de la adolescencia*. Barcelona, Gedisa, 1994.

Marty, François: (1999) *Filiation, parricide et psychose à l'adolescence. Les liens du sang*. Ramonville Saint-Agne, Francia, Érès.

Resumen

Las primeras inscripciones sufren traducciones sucesivas y reorganizaciones a lo largo de la vida. La adolescencia es un momento privilegiado en que se producen transformaciones importantes. Las marcas tempranas pueden dificultar el proceso adolescente pero a la vez en la adolescencia pueden haber reordenamientos y re-ligazones de las inscripciones previas que permiten escribir una historia diferente.

Palabras clave: inscripciones; representaciones inconcientes; pictogramas; adolescencia; identificaciones; reorganización psíquica.

Summary

First inscriptions undergo successive translations, and are being reorganized throughout the lifetime. Adolescence is a special moment, in which important transformations occur. Although early marks may hinder the adolescent process, during adolescence previous inscriptions may be reordered and rebound, and this, in turn makes it possible to write a different history.

Key words: inscriptions; unconscious representations; pictograms; adolescence; identifications; reorganization.

Résumé

Les premières inscriptions souffrent traductions successives et des réorganisations au cours de la vie. L'adolescence est un moment privilégié dans lequel se produisent des changements majeurs. Les marques peuvent entraver début processus adolescent encore à l'adolescence peut avoir des réarrangements et re-ligature des entrées précédentes qui vous permettent d'écrire une histoire différente.

Mots clés: inscriptions; représentations inconcientes; pictogramme; adolescence; identifications; réorganisation psychique.

Beatriz Janin

Av. Córdoba 3431, 10° "A"
(1188) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: 4963-4729
beatrizjanin@yahoo.com.ar